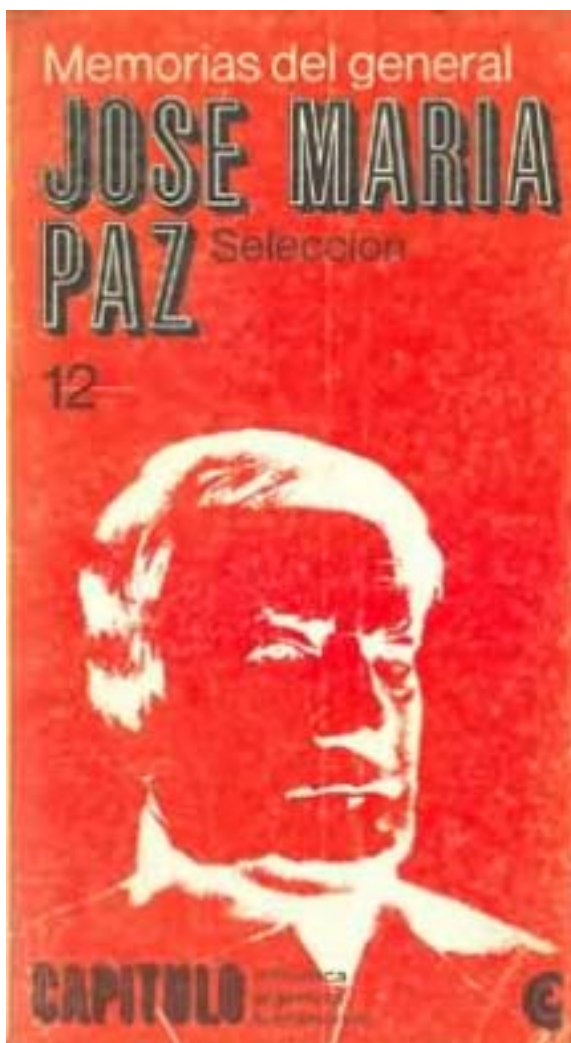


# Memorias del General José María Paz



PAZ, José María (1855), "El año 1840 en Buenos Aires", en: *Memorias del General José María Paz*, Colección "Capítulo", n° 12, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967, pp.96-98.

**Este material se utiliza con fines exclusivamente didácticos**

## **CAPÍTULO XXII**

### **El año 1840 en Buenos Aires**

El 20 de abril de 1839 había sídome intimado el fin de mi cautiverio y el 23 llegué a Buenos Aires, alojándome provisionalmente en casa del señor Rufino de Elizalde; a los ocho días tomé casa propia, es decir, alquilada por mí, pero dando aviso a la policía, según se me había prevenido, como también que no pudiese alejarme más de una legua de la plaza. (...).

En el acto de llegar, me presenté al jefe de policía, quien me recibió con frialdad, pero sin desatención. Luego se me indicó que debía por la forma, presentarme en casa de Rosas; que si no lo hacía, extrañaría este requisito, y ya se sabe lo que en tal gobierno importaba una omisión cualquiera. Además, mi calidad de militar, en cuya clase es sabido que el preso que obtiene libertad se presenta al jefe, daba más colorido a esta exigencia. Yo tenía también un motivo para creer que estas indicaciones no partían del señor Elizalde, que me las hacía, sino que traían su origen del ministro Arana, cuya señora es hermana de la del señor Elizalde.

Elegí, pues, una noche, a los tres o cuatro días de haber llegado, y, acompañado del hijo mayor del señor Elizalde, fui a casa de Rosas. Es imponderable el silencio y lobreguez de aquella calle; eran raras las personas que pasaban por ella, y he conocido muchas que hacían grandes rodeos, por evitarla, cuando alguna urgencia los llamaba en esa dirección. ¿Qué diré de la casa? No había guardia, no había aparato militar alguno; un zaguán, alumbrado con un farol, y un hombre que desempeñaba las funciones de portero; un gran patio sombrío y desierto, en que reinaba el más profundo silencio, es lo único que vi. Todas las puertas que caían a él estaban cerradas, a excepción de una en que se divisaba una débil luz; a ella nos dirigimos, y habiendo llegado, vimos dos hombres sentados delante de una gran mesa rodeada de sillas, que le daban el aspecto de un comedor muy común. Esos dos hombres eran el edecán Corvalán y el capitán del puerto, coronel Francisco Crespo.

Cuando hube dicho que venía a hacerme presente a S. E., me contestó el primero que no podía verse al señor gobernador, y cuando el joven Elizalde le dijo quien era yo, Corvalán, sin moverse de su silla, ni mudar de postura, me insinuó que no era preciso que me hubiese incomodado en ir, pero que lo haría saber al ilustre restaurador.

Me retiré bajo el peso de las más desagradables impresiones; por un lado celebraba haber salido de aquel disgustante paso, que se me habla pintado como indispensable, y que sin duda lo era, a pesar de lo que dijo Corvalán, pero el sepulcral aspecto del edificio, su lobreguez, la certidumbre de que allí se alojaba un sangriento tirano<sup>1</sup>, el terror de que parecía que participaban hasta las paredes, producía sensaciones inexplicables, para los que no han estado en Buenos Aires, o en el Paraguay, en la época del doctor Francia. En seguida fui a casa del señor Arana, quien me recibió muy atentamente, y a quien dije la grosera acogida que me había hecho Corvalán, a quien trató de disculpar con su vejez, etcétera.

No pasaron dos días sin que se me transmitiese por conducto de la señora de Elizalde, a quien se lo había referido su hermana, la esposa del señor Arana, que la señorita doña Manuelita Rosas había reñido mucho a Corvalán, porque no le habla anunciado mi visita, pues aunque su tatita no pudiera recibirme por sus ocupaciones, ella hubiera tenido gusto en conocerme. He aquí a mi mentor, el señor Elizalde, que declara que aquella indicación equivalía a una muy clara invitación para que fuese otra vez de visita a casa de Rosas, so pena, si rehusaba a ella, de... de... de todo, porque todo puede acarreamos el simple desagrado de un hombre dotado de un poder monstruoso, y que usa de él del modo que sabemos.

Me sería imposible significar la repugnancia que sentía para hacer este segundo cumplido del que no saldría tan brevemente como del primero. Habrían pasado ocho días de mi llegada, cuando, a la una de la tarde, me presenté en casa de Rosas, y a pesar de la hora, el silencio y la soledad de la calle y de la casa era la misma. Tan sólo había en el patio una puerta abierta, que era de la misma pieza en que noches antes había encontrado a Corvalán; allí encontré a alguno, que no sé si era edecán, a quien me anuncié, y, mientras él partió, quedé dando largos paseos por el patio, que duraron cerca de media hora.

Al patio caían varias ventanas, pero perfectamente cubiertas con persianas, que no permitían ver cosa alguna interior; era seguro que Rosas, que nunca me había visto, como yo no lo he visto a él hasta ahora, querría conocerme, y que al efecto me estaría observando de la parte interior de las persianas; yo, que no dudaba de ello, traté de aparentar la más cumplida indiferencia, y, paseándome con negligencia, jugueteaba con mis guantes, que tenía asidos con una mano. Cuando después de hecha mi visita me retiré, y advirtió el señor Elizalde que mis guantes eran de un color verde oscuro, me significó la inconveniencia de ese color, y el peligro que había corrido;

---

<sup>1</sup> Hacía poco tiempo que había sido fusilado Cienfuegos porque se le encontró con cierto disfraz en la calle de Rosas. El alegó que iba a una cita amorosa, mas no se libró por eso del suplicio.

mas, como ya hubiese pasado, hubimos de tranquilizarnos, proponiéndome no hacer otra prueba.

Al fin se abrió la puerta del salón, al que salió la señorita doña Manuelita y una o dos señoras más, de las cuales una era tía, y la otra abuela; me recibió con atención y aun me manifestó benevolencia, pero sin hablar, por supuesto, una palabra ni de mis sufrimientos pasados, ni de las cosas públicas presentes. La conversación roló sobre objetos indiferentes, y nada hubo de que pudiese resentirse la más refinada delicadeza.